

Algar  COLECCIÓN CALCETÍN

La gallina secuestrada

Braulio
Llamero

Dibujos de
Valentí
Gubianas





1

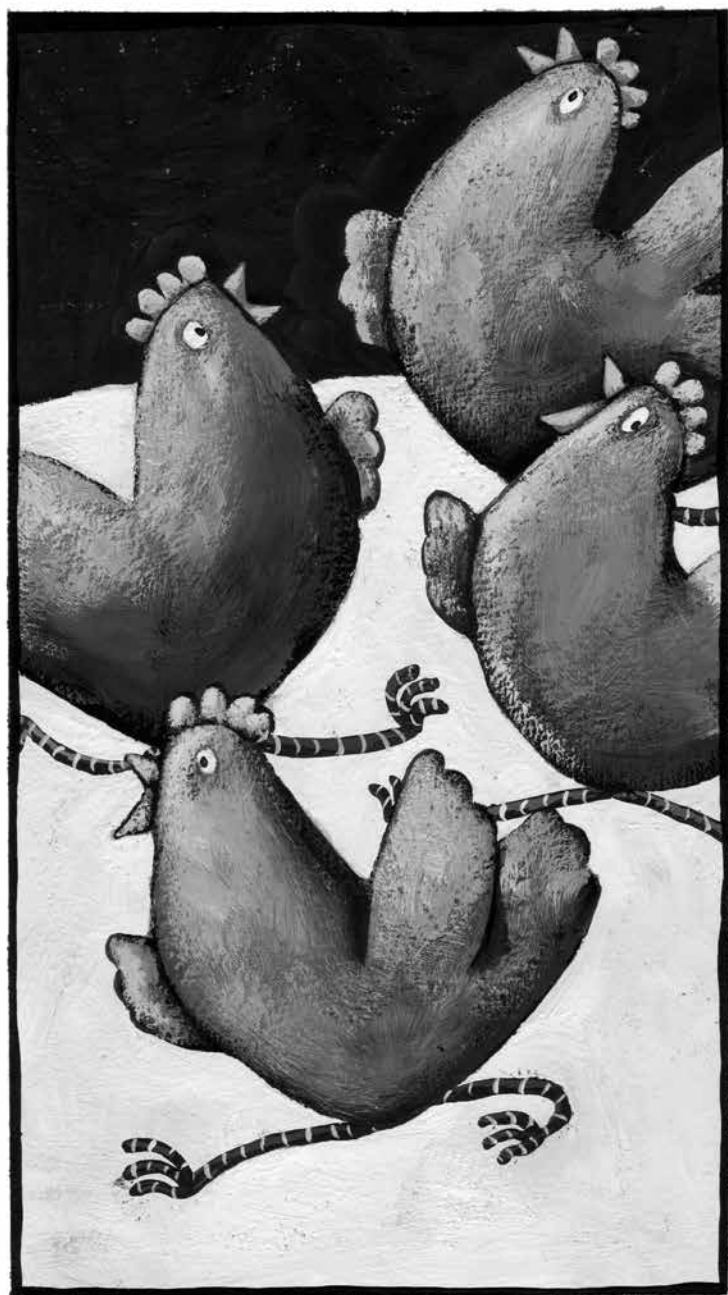
Aquél era un día de julio muy caluroso. El cielo, sin una sola nube, parecía un lago inmenso colgado del techo del mundo.

Los animales de la granja del tío Celedonio echaban la siesta o se hacían los dormidos para no tener que moverse. También de la casa del amo se escapaba una sucesión de interminables ronquidos. El mundo entero dormía a esa hora.

Bueno, salvo las cigarras, que no paraban de afinar sus instrumentos musicales para algún inminente concierto. Y salvo las moscas, los moscardones y algún que otro pájaro al que se oía revolotear de allá para acá.

Pues bien, justo en un momento como ése, fue cuando se cayó la gallina Vanesa del palo en el que dormía. Ya sabéis: las gallinas duermen sentadas en un palo. Y se supone que nunca se caen. ¡Se supone! Porque Vanesa, como digo, se encontró de pronto en el suelo del gallinero.

Asustadísima, empezó a cacarear, a mover las alas y, en pocas palabras, a alborotar el gallinero. Todo eso asustó aún más a las restantes gallinas que, a su vez, empezaron a cacarear como locas y a mover las alas sin parar. Se mejante bullicio despertó, como no podía ser de otro modo, a los restantes animales de la granja. De modo que los burros se pusieron a



rebuznar; los caballos, a relinchar; las ovejas, a balar; las vacas, a mugir...

Y Bombay, más alarmado que nadie, empezó a ladrar.

Bombay era el perro mastín de la granja. Su tamaño le daba un aspecto temible. Pero era un buenazo. Lo único que le preocupaba era tener contento al amo, cuidar de la casa y proteger a sus habitantes. Aquel día, al oír el repentino alboroto del gallinero, Bombay se llevó un susto grande como un castillo.

—¡Mi madre! —ladró—. ¡Seguro que ha entrado algún zorro y está atacando a las pobres gallinas!

Sin pensarlo dos veces, salió disparado de su caseta, que estaba junto a la casa principal. Llegó al edificio del gallinero, abrió la puerta con sus patas delanteras y entró en él dando ladridos a diestro y siniestro.

En el gallinero no había zorro alguno, pero las ya asustadas gallinas, al ver entrar tan nervioso a Bombay, pensaron que sí y se acabó de liar.

La que más se asustó fue precisamente Vanesa, la causante involuntaria del lío. La gallina Vanesa se puso de los nervios al ver entrar al mastín, echó a correr por la puerta abierta y ya no paró de correr en una hora o dos.

Cuando lo hizo, cuando se detuvo, no tenía ni idea de dónde estaba o de cómo podía regresar a la granja del tío Celedonio.

—¡Ay, ay, ay! ¡Verás tú en qué lío me he metido! —se cacareó a sí misma, al darse cuenta de lo ocurrido.

Y como en ese instante creyó oír un ruido extraño, se escondió de un salto tras unos matorrales.

El tío Celedonio no se enteró del desastre hasta bastantes horas después. En realidad, hasta que fue a echar de cenar a las gallinas. Las conocía a todas, a las veintitrés, una por una. A todas les había ido poniendo nombre.

—Tú, por tener la cresta doblada, te llamarás Blasa.

—¡Anda! —cacareaba la aludida—, ¿y qué tiene que ver lo uno con lo otro?

—Tú a callar, que los nombres los pongo yo.

Y proseguía:

—Tú, por tener un ala blanca y la otra negra, te llamarás Azafata.

—Pues bueno —se encogía de alas la así nombrada.

—Tú, por mover tanto la cabeza a un lado y otro, te llamarás Molinera.

—¡Jesús!

—Tú, por tener el pico tan curvo, te llamarás Picatoste.

—¿Pica... qué?

—Y tú te llamarás Vanesa, porque me recuerdas a una señora que vi un día en la televisión, ¿vale?

El tío Celedonio siempre ponía los nombres por alguna razón. Lo que pasa es que esa razón no siempre la entendía alguien que no fuera él. Aquella tarde, como era su costumbre, las miró a todas al ir a cenar y no tardó en exclamar:

—¡Ahí va! ¡Aquí falta Vanesa!

Entonces las otras gallinas le cacarearon lo ocurrido a la hora de la siesta, el lío que se armó y que Vanesa salió disparada del gallinero sin que desde entonces la hubieran vuelto a ver.

—¡Caramba! —exclamó el amo, con gesto

de preocupación—. Pues hay que salir en su busca, porque como se la encuentre un zorro que yo me sé... ¡Zaspataplús!

Aquel «zaspataplús» asustó muchísimo a las gallinas. No hacía falta saber lo que significaba para que te pusiera la carne de ellas mismas. El tío Celedonio convocó a sus animales y organizó un comando de búsqueda. Estaba formado por el gallo Caspito; por Bombay, el mastín; la yegua Batavia y el burro Bolín. Bombay se sentía culpable de la desaparición por haber abierto la puerta del gallinero. Por eso era el más impaciente y se apresuró a preguntar:

—¿Salimos ya?

Pero el tío Celedonio dijo que no:

—Se va a hacer de noche. Con la oscuridad, lo único que conseguiríamos sería perdernos nosotros también. Esperaremos a mañana y

en cuanto amanezca, salimos en busca de Vanesa. ¿Entendido?

Bolín rebuznó que sí, Batavia relinchó en el mismo sentido, Bombay ladró que de acuerdo y Caspito asintió con la cresta, porque cacarear, lo que se dice cacarear, sólo lo hacía cuando salía el sol cada mañana.

Mientras tanto, muy lejos de allí, escondida tras la espesura de un matorral, la gallina Vanesa temblaba de miedo. El ruido que la había hecho esconderse se había ido acercando y ya estaba ante ella quien lo producía: un zorro pelirrojo, de sonrisa astuta y una preciosa cola que parecía un plumero de quitar el polvo. La nariz del zorro parecía moverse sin descanso y de su boca salía de vez en cuando un pedazo de lengua con el que se relamía.

–Si mi nariz no miente,
hay cerca un banquete,
para que bailen mis dientes
y coma de rechupete.

Eso creyó Vanesa escuchar en susurros. Y
acabó de asustarse:

–¡Oh, no! ¡Esa forma de hablar...!

Don Celedonio lo advertía en el gallinero
con insistencia periódica:

–Portaos bien y no os escapéis nunca de
aquí. Porque lo malo no es que os pille un
zorro, lo malísimo es que os coja un zorro al
que llaman Ripios.

–¡Vaya nombre! –solía decir siempre al-
guien.

–Ese nombre se lo ha ganado por hablar
en pésimos versos.

–¿Qué es pésimos?

–Peor que mal.



—¿Qué es versos?

—Mezclar arroz de paella
con los rayos de una estrella
tan solo para rimar
lo que se quiere contar.

Los temblores de Vanesa contagiaron a los
arbustos que la escondían, con lo cual daba
una buena pista al zorro Ripios de por dónde
debía buscar...